BIBLIOTECA POPULAR ILUSTRADA

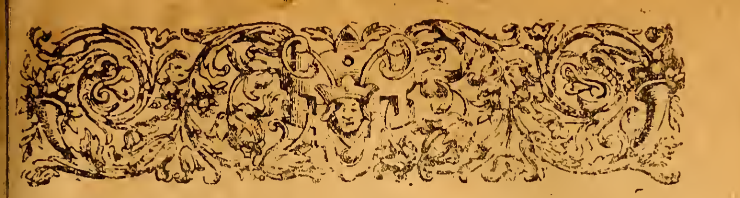
RAMÓN DE LA CRUZ

LA CASA DE TÓCAME ROQUE

SAINETE



MADRID
Oficinas de «La Ultima Moda»
VELÁZQUEZ, 56
1899



LA CASA DE TÓCAME ROQUE [1]

PERSONAJES

PETRA. } *Majas.*
JUANA. }
UNA CAPITANA.
UNA VIUDA.
AQUILINA, *criada de la capitana.*
CELIDONIA, *criada de la viuda.*
NICANORA, *costurera.*
JORGE, *sastre.*
LA SASTRA, *su mujer.*
EL MORENO, *novio de la Petra.*
EL CASERO, *amigo de la Juana.*
UNA VIEJA.
UN ALGUACIL.
UN INVÁLIDO.
UN ALFÉREZ.
UN VALENCIANO.
GERVASIO. } *Bordadores.*
ARMENGOL. }
UNA CIEGA.
UN CIEGO.
OTRO VALENCIANO.
UN ABOGADO.
UNA PASIEGA.
MAJOS MÚSICOS.

La escena se supone en Madrid.

El teatro representa el patio de una casa de muchas vecindades. En él habrá una fuente al foro y tres puertas debajo de un corredor, que son de tres vecinos, y á cada lado del tablado habrá otras dos con sus números, desde 1.º hasta 7. Por un ángulo del patio se verá parte de la escalera que sube al corredor, que será usado, y en él se verán las puertas de otros cuatro vecinos, y sobre el tejado dos bohardillas, á que se asomarán después dos personas.

Las puertas todas estarán cerradas, á excepción de la del número 1, á la que estará el MORENO *sentado y de mal humor. A la del número 7 estarán sentados* JORGE *y la*

(1) Este sainete fué titulado por su autor *La Petra y la Juana ó el buen casero.*

SASTRA, *cosiendo de sastrería y cantando cuando se pr... venga. La del número 3 estará entreabierta, etc.* NICAN... RA *y* CELIDONIA *lavando en la fuente y cantando las s... guidillas siguientes lo más alto que puedan, según s... carácter. De rato en rato se asomará al corredor algun... de los bordadores, que viven en el número 11, observa... do á las que lávan.*

Seguidilla manchega

Vale una seguidilla
de las manchegas
por veinticinco pares
de las boleras.
Mal fuego queme
la moda que hasta en eso
también se mete.

MORENO. ¡Oh, vísperas celebradas
de San Juan y de San Pedro!
Todos cantan tales noches;
sólo suspira Moreno.

(Canta la SASTRA *el aire de jota ó tirana. Inter... canta, sale el* ALGUACIL *de golilla y se entra en... número 5.)*

SASTRA. Dijo una niña á su madre,
porque la mandó coser:
menos coser, madre mía,
de todas labores sé.
¡Cuántas niñas hay en este mundo
que presumen de todas labores,
y con esto escarmientan al bobo
que se casa con ellas sin dote!

A dúo con el SASTRE

Esta sí que es tira-tirana;
ojo alerta; cuidado, señores,
que aunque tengan las caras de plata,
muchas tienen las manos de cobre.

PETRA. *(Que sale del núm. 1.)*
¿Qué haces ahí fuera sentado?

MORENO. Lo propio que en pié allá dentro;
rabiar.

PETRA. Pues antes que muerdas,
á saludarte.

MORENO. ¡Qué genio
tienes!

PETRA. Después de dos años,
¿ahora salimos con eso?

MORENO. Repudrido estoy.

PETRA. Pues antes
que apestes, al basurero
de las Vestillas.

MORENO. ¿Te estorbo?

PETRA. Me calientas el asiento,
y hace calor. Aupa y marcha.

MORENO. (*Se levanta. Con sosiego*).
Mira Petra...

PETRA. (*Resuelta.*) No cansemos
al auditorio; ú orquesta
con todos los enstrumentos,
como le dió á la Juanilla
de arriba su macareno
la víspera de San Juan,
ó hacer cuenta que se han muerto
las manos y las palabras
que te dí de ser mi dueño.

(*Váse, cerrando la puerta y llevándose la silla.*)

MORENO. (*Suspenso y arrimado á la tapia.*)
¡Qué perra es! Y cuanto más
me enrita, más la requiero
y me encanija... ¡Ah, fortuna,
cuántos hombres de provecho
has perdido, y han perdido
sus gustos y sus aumentos,
sólo por la friolera
de que no tienen dinero!...
Adelante. (*Pensando.*)

SASTRA. (*A media voz.*) Jorge, ¿has visto?...

SASTRE. Abundia, canta y callemos.

MORENO. Adiós, señores. (*Váse determinado.*)

SASTRES. El vaya
con usted, señor Moreno.

(*Sale, y pasa el INVALIDO con un pollo en la mano, como que va á su bohardilla.*)

SASTRE. (*Cantando.*)

Al amanecer, por seda
envió á su mujer un sastre,
y no la halló del color
hasta las tres de la tarde.
¡Qué dolor era ver á la sastra
por las lonjas, la plaza y las calles
con la muestra buscando una onza,
sin hallar quien la diera un adarme.

A duo

Esta sí que es tira-tirana
esto sí que son duros afanes,
buscar uno lo que le hace falta,
y no hallarlo por bien que lo pague.

MORENO. (*Sale.*) ¿Petra?
PETRA. (*Dentro.*) Perdone por Dios,
hermano.
MORENO. No me chanceo.
PETRA. (*Dentro.*) Ya lo oigo: ¿qué quieres?
MORENO. Abre,
y lo sabrás.
PETRA. (*Sale.*) ¿Qué tenemos?
MORENO. Ya tienes música.
PETRA. ¿En forma?
MORENO. Mira, he topado al maestro
de capilla de los niños
doctrinos, que tiene un yerno
que toca la chirimia
como un clarinete.
PETRA. Bueno.
MORENO. Dice que él traerá un bajón
y un bajoncillo, lo mesmo
que un órgano. Que también
vendrá su vecino el ciego
con la gaita zamorana,
el lazarillo y el perro.
PETRA. Anda fuera. (*Dando con el pié.*)
MORENO. Y si me dá
mi camarada el sargento
de suizos, el tamborón
de la retreta, yo apuesto

á que aturdimos el barrio:
y á que no se da en el reino
otra música como ella,
esta noche de San Pedro.
Prevén confites y vino,
para que tome un refresco
la orquesta, y deja á mi cargo
lo demás del lucimiento
de la función. ¡Con qué envidia
oirá la Juana el estruendo!
¿A qué hora vendrán?

PETRA. ¿A qué hora
te vas á la...

MORENO. Ya.

PETRA. ¿Con ellos?
¡Pencado te vea yo, amén;
y arrancando los cimientos
del Peñón de Gibraltar
con los dientes!...

MORENO. *(Contoneándose.)* Ve diciendo,
si quieres ver á los tuyos
bailar en tierra el bolero,
antes que venga la orquesta;
que todavía me acuerdo
de que soy hombre...

PETRA. ¿Qué?

MORENO. Hombre;
aunque no tenga dinero.

PETRA. ¿Sin plata y hombre? Tú solo
tendrás ese previligio;
porque, como el otro dijo,
las gentes dan el aprecio:
sigun su peso á la plata,
y al hombre sigun sus pesos.

MORENO. ¡Lo qué sabes!

PETRA. Más que tú;
que te metes en empeños
con mujeres tal cual de honra,
y no sabes salir de ellos.

MORENO. Si el hombre más alto... ¿qué hombre?
si el sol dende el quinto cielo
se atreviera á cortejar
el menor zapato viejo

que tú desechas, verías
el hombre que soy. Entremos,
y te diré lo demás.

PETRA. Si ya lo sé, además de eso,
que está mi madre en vesita
á vesitar un enfermo,
y aunque sabe lo que sabe
de nuestras cosas: no quiero
que sospeche mal. *(Torciendo el hocico.)* Dempués
de la música hablaremos
por la reja, que estaré
desvelada del estruendo
del tamborón, para darte
las gracias por el obsequio,
y adiós... Hasta nunca. *(Enfadada.)* ¡Vaya,
que eres hombre de provecho! *(Cierra la puerta)*

MORENO. Esto se acabó á capazos,
¿si no hay blanca, qué remedio?

SASTRES. *(Riéndose.)* Ji, ji.

MORENO. ¿Se ríen ustedes?

SASTRE. ¡Pues si ésta ha pegao medio
par de calzones en vez
de una manga á éste chaleco!

MORENO. Qué ¿no sabe pegar mangas
la señora?

SASTRE. No por cierto.

SASTRA. No mientas.

SASTRE. ¡Como soy sastre,
que es verdad!

SASTRA. ¡Ya eres tú bueno!

SASTRE. Aunque sea poco devoto,
bien sabes tú que en los tiempos
que hay más procesiones, es
cuando más pendones llevo.

MORENO. *(Pensativo.)* ¡Mal arbitrio!... Pero no
hay otro. *(Resuelto y se va.)*

ALGUACIL. *(Sale de majo y le detiene.)* ¿Señor Moreno,
dónde va usté?

MORENO. Aquí á un recado. *(Vase.)*

SASTRE. Amigo, va hecho un veneno, *(En tono de chisme)*
porque la Petrona quiere
que la dé música, y creo
que no tiene un cuarto.

ALGUACIL. ¡Es lance!
SASTRE. Pues usté, á lo que sospecho,
alguno tiene de cuenta,
porque ha venido corriendo
á quitarse el uniforme,
y en un santiamén se ha puesto
de majo.
ALGUACIL. ¿Y lo extraña usted?
SASTRE. Sí.
ALGUACIL. ¡Pues algo será ello!... *(Hace que se va y vuelve.)*
¡Ah! ¿Sabe usted para qué
me envía á llamar el casero?
SASTRE. Ni quiera Dios que lo sepa.
ALGUACIL. A bien que no está muy lejos. *(Al irse.)*
VIEJA. *(Sale.)* ¡Qué infamia! Yo le aseguro
al bribón del carnicero...
ALGUACIL. ¿Qué es eso, tía Celestina?
VIEJA. ¿Cuándo está usté de repeso,
señor don Trifón?
ALGUACIL. Mañana.
VIEJA. ¡Pues no me ha dado el perverso
en media libra de carne
más de una libra de hueso!
ALGUACIL. ¿Y sabe usted cuál ha sido?
VIEJA. Sí, señor.
ALGUACIL. Pues yo la ofrezco
que la pagará; usté acuda
tempranito, y nos veremos. *(Váse.)*
VIEJA. ¡Y como que acudiré!
SASTRE. ¿Nos da usté un polvo?
VIEJA. No quiero.
SASTRE. Si se le ha antojado á ésta.
VIEJA. No importa; que yo me acuerdo
que fuí... ¡ah, tristes memorias!
antojadiza en extremo;
y el que pudre, á puro azote
me quitó el achaque presto
y de raíz. Haga usted
con mi vecina lo mesmo.
(Váse muy aguda por el foro hacia su bohardilla.)
SASTRA. ¡El demonio de la vieja...
que si la cojo, de un vuelo
la he de echar... *(Se levanta.)*

SASTRE. Mujer, no hagas
fuerza ni aun de pensamiento; *(Sosegándola.)*
que hay pocos sastres, y puedes
malograr nuestro heredero.

ALFÉREZ. *(Sale receloso.)* Dios guarde á ustedes.

SASTRE. ¿A quién
busca este oficial?

SASTRA. Veremos.

ALFÉREZ. Número diez me parece
que me dijo. *(Reconociendo.)* No le veo.

CELIDONIA. ¡Ay! un oficial. Recoge,
chica, que si le ven nuestros
bordadores, mal estamos.

ALFÉREZ. *(Llega á Nicanora.)* Perdona el atrevimiento,
niña, y dime.

CELIDONIA. No respondas.

ALFÉREZ. El número diez.

NICANORA. No entiendo
de números.

GERVASIO. *(Desde el corredor.)* Nicanora
despacha cuanto más presto
puedas, que tengo que hablarte.

NICANORA. Si estamos ya recogiendo.

GERVASIO. Que tú te recojas es
lo que importa y yo pretendo. *(Se entra.)*

ALFÉREZ. *(Llega al sastre.)* ¿El número diez?

SASTRE. Arriba.
¿Busca usted á un estremeño
que vende chorizos?

ALFÉREZ. No
señor.

SASTRA. Si es el aposento
de Juanita *(Gritando.)* Doña Juana,
que la buscan á usted.

ALFÉREZ. Quedo;
yo acertaré: muchas gracias. *(Aparte.)*
«Mucha vecindad tenemos.» *(Se entra corriendo.)*

SASTRE. ¿Si traerá éste después, la
música del regimiento?

SASTRA. Puede ser.

JUANA. *(Sale del número 10.)* ¿Quién me llamaba?

SASTRE. Allá va ya un caballero
oficial.

JUANA. Ya sé quién es.
Una prima donde suelo
verle, le envía sin duda
para ir juntas de paseo.

ALFÉREZ. *(En el corredor.)* A los piés de usted, señora.

JUANA. Pase usté adelante,

ALFÉREZ. Vengo...

JUANA. Ya sé á lo que viene usted:
ahora al instante saldremos.

GERVASIO. *(Vuelve.)* ¿Nicanora?

NICANORA. Ya me falta
poquito.

GERVASIO. Pues despachemos. *(Se entra.)*

Sale AQUILINA, criada despilfarrada, con un talego de ropa sobre la cabeza.

AQUILINA. ¡Reniego de mi fortuna,
que tan mala es; y reniego
de mi ama! ¿Ha preguntado
si he venido?

SASTRE. No por cierto

AQUILINA. Pues que espere, ó que se muera,
que con el calor y el peso
no puedo más. *(Suelta el talego.)*

SASTRA. Pues descansa,
hija mía, y hablaremos
en tanto de tu señora.

SASTRE. Me han contado que ha supuesto
ser mujer de un capitán;
y como ha ya mes y medio
que ustedes viven arriba,
número nueve, y no vemos
entrar oficial alguno
de tropa... ni un mal sargento
siquiera; y es así maja.

AQUILINA. ¡Hay tanto que hablar en eso!

SASTRE. Pues cuéntalo, que si llama
los dos te disculparemos.

(Se sienta sobre el talego de la ropa que traia en la cabeza: los SASTRES se la acercan: hablan con interés, etc., y en tanto recogen la ropa las que lavan, cantan la segui-

dilla que sigue; un poco antes de acabar se sube la NICANORA y entra en el número 8 del corredor, y la CELIDONIA se detiene un poco junto á su puerta, número 3.)

Seguidilla.

El dueño de mi vida
cuando enamora,
no tiene compañero,
porque lo borda.
Tiene mi peto
su corazón bordado,
y un *ay* en medio.

ARMENGOL, segundo bordador, desde el corredor á CELIDONIA

Chits. ¿Ha venido tu ama?
CELIDONIA. Todavía no.
ARMENGOL. ¿Y hablaremos
á la noche?
CELIDONIA. Por la reja.
ARMENGOL. ¿Es muy ligera de sueño?
CELIDONIA. A veces.
ARMENGOL. Ya viene allí. *(Se retiran.)*

VIUDA GAZMOÑA que sale.

El Señor conserve nuestros
corazones en su santa
paz, y nos libre de genios
chismosos, que no la quieran
perturbar. Amén. Muy buenos
días, señores.
SASTRE. Son tardes.
VIUDA. Como es vigilia, y yo creo
que ayunar es no comer,
y lo acostumbro, no cuento
las horas. Voy á tomar
tres pares de huevos frescos,
que serán mi colación
y comida al mismo tiempo.
La paz, repito, mi amada

paz, no se aparte del seno
de nuestro corazón.

SASTRE. Dios
se la dé en abundamiento,
señora doña Cleofé.

VIUDA. Amén... ¿Pero, qué estoy viendo?
¿No eres tú la criadilla
de la capitana? ¡Bueno!
¡Tu ama te estará esperando,
y tú con tanto sosiego
en conversación! *(Gritando.)* ¡Vecina!...

AQUILINA. Calle usted por Dios.

VIUDA. No quiero. *(Gritando.)*
¿Mi sá doña Sinforiana?

CAPITANA. *(Que sale del núm. 9.)* ¿Qué sucede?

VIUDA. Que al momento
despida usté á su criada,
ó la prive el chismorreo
con los sastres.

SASTRE. Poco á poco
con los sastres.

AQUILINA. Si yo vengo
del río...

CAPITANA. Desvergonzada,
sube la ropa.

AQUILINA. ¡Y que luego
me casque usted!

CAPITANA. Súbela.

AQUILINA. *(A la viuda.)* Por usted...

VIUDA. ¿Qué estás diciendo,
muchacha? ¡Pues soy yo amiga
de andar en chismes y cuentos!

CAPITANA. Si bajo te he de matar.

VIUDA. La paz de Dios... ¡Jesús, esto
no es para mí!... Celidonia,
abre, que me bambaleo.

(Abre Celidonia y se entra en el número 3.)

AQUILINA. ¡La gazmoña!

CAPITANA. Una estaca
te he de romper en el cuerpo.

SASTRE. Ya verá usted lo que se hace;

y basta que esté por medio
mi persona.

CAPITANA. ¡Puf! ¿Un sastre
podrá quitarme el derecho
de reñir á mi familia?

SASTRE. ¡Qué familia! un arrapiezo
de criada.

AQUILINA. Dice bien:
pues yo soy su cocinero,
lavandera, costurera,
su modista, yo la peino,
yo la pinto y si se ofrece
alguna vez, papeleo.

SASTRE. ¿También eres secretaria?

AQUILINA. ¡Mucho! ¡y me echará de menos!

CAPITANA. ¿Yo á tí?

AQUILINA. ¿Lo quieren ustedes
ver? Pues la ropa me llevo
en prendas de mi salario;
y si no me echa un empeño,
ha de tener ocho días
más, la camisa en el cuerpo. *(Vase.)*

CAPITANA. Tío Jorge, sígala usted.

SASTRE. *(Despacio.)* Voy á ponerme al momento
decente. Sácame medias,
mujer...

Sale JUANA de basquiña y mantilla con el ALFÉREZ

JUANA. Oiga usté un secreto
señor Jorge.

CAPITANA. Está ocupado.

JUANA. Soy su parroquiana, y creo
me atenderá.

SASTRE. Sí señora.

CAPITANA. Yo le tenía primero
empleado.

JUANA. Si usted calla,
le despacharé más presto.
¿Sabe usté si á doña Petra
la da música el Moreno
esta noche, á qué hora es,
y de cuántos estrumentos?

SASTRE. Quince había la otra noche
en la de usted.

JUANA. *(Irónica.)* Oh! de aquello,
hay poco! pero habrá más
esta noche, y no lo quiero
perder, que voy á salir.

SASTRE. No sé.

JUANA. ¿Habrá repartimiento
de esquelas naturalmente?

PETRA. *(Sale.)* Cuando convide al entierro
de alguna amiga, usaré
de todo ese cumplimiento.

JUANA. Petra, ¿y quién es esa amiga?

PETRA. Juana, la que me está oyendo.

JUANA. ¿La capitana?

CAPITANA. *(Enfadada.)* Pues calla
la capitana, callemos;
porque esa, si la preguntan
suele responder muy recio.

PETRA. La que yo digo, quisiera
ya ser capitana; pero
la ha dao una alferecía
hoy de repente, y recelo
que no llegue ni á tinienta.

JUANA. ¿Y tú á qué llegarás? que eso
ya es provocación: á mueble
de otro mueble, tan en cueros
naturales, que no tiene
la víspera de San Pedro
para pagar una mala
bandurria, ó un par de ciegos.

PETRA. Lo tiene, y lo gastaría,
si yo tuviera tu genio;
pero yo no quiero ruídos
en mi galán, sino afectos.

JUANA. ¡Agua va!

PETRA. Echate de golpe,
te apararé en un pañuelo,
para que no se nos quiebre
ó se lastime ese cuerpo
de alfeñique.

JUANA. Como el tuyo:
hija, no nos engañemos,

que entre las dos, no hay dos onzas
de diferencia en el peso.

PETRA. Pero esto es oro macizo.

JUANA. Podías prestarle al Moreno
un trozo de aquella parte
adonde te hiciera menos
falta, tendrías orquesta,
y el barrio divertimiento.

PETRA. Bien dicen, que cada gallo
canta allá en su gallinero,
y empingorotao.

JUANA. Si
no me oyes, verás que presto
estoy abajo.

ALFÉREZ. Señora... *(Se apartan para bajar.)*

JUANA. No se perderá el paseo:
Siga usted.

SASTRE. Señora Petra,
métase usted allá dentro.

PETRA. ¿Yo?

SASTRE. Sí, señora, yo como
amigo se lo aconsejo,
no haya, lo que haya, y después...

VIUDA. ¿Y qué se mete él en eso?
¿Cuando la provocan, debe
callar? El toro más lerdo
respinga cuando le clavan
las banderillas de fuego.
Hija, nadie es más amante
de la paz, pero hay extremos
en que la lengua y las manos
deben usar de sus fueros,
que para algo nos dió ésta,
(Señala á la lengua y á las manos.)
naturaleza sin hueso,
y estotras con tantas uñas
y tan flexibles de nervios.

PETRA. Quedo enterada.

Sale JUANA por el patio terciando la mantilla.

JUANA. Aquí estoy. *(Al sastre.)*
¿Qué la estaba usted diciendo?

SASTRE. Que ya que esta noche no haya

música, que haya silencio.

VIUDA. La dije lo que conviene
hacer en casos como estos. *(Se retira.)*

PETRA. ¿Qué fuera decir doña
Cleofé, que no pudiera ser bueno?

SASTRE. Y muy conforme á la paz.

JUANA. Ya estoy aquí.

PETRA. Ya te veo.

JUANA. ¿Y qué quieres, pierna ó lomo?

PETRA. Suelo tirarme al pescuezo
á veces.

JUANA. Y yo á la falda.

PETRA. ¡Provocativa!

JUANA. Es incierto,
que yo hablaba con don Jorge.

SASTRE. Ese soy yo.

PETRA. No lo niego.
¿Pero qué hablabas?

JUANA. De tí...
que nos estás corrompiendo
con fanfarria, y eres una...
pobre.

PETRA. Podía no serlo;
que antes que tú te mudaras,
el sobrino del casero
me quiso á mí cortejar.

JUANA. ¿Y de eso á mí?... *(Contenida.)*

PETRA. Ya te entiendo.

SATSRE. Señor alférez, si gusta *(Con bufonada.)*
retirarse usted, bien creo
que le va á decir la Petra
algo del otro cortejo
á la Juana.

ALFÉREZ. Esa señora, *(Turbado.)*
de su voluntad es dueño,
y á mí no me importa. Doña
Juanita, allá fuera espero. *(Vase.)*

JUANA. *(Al Alférez.)*
Aguárde usted
(Poniéndose la mantilla.) ¡Vecinillas
por fin! La culpa me tengo
yo de vivir, sino en casas
de gentes de fundamento. *(Vase)*

TODAS. ¡Cómo vecinillas! Es
una infamia aguantar esto.
Agarrarla.

SASTRE. Cuando vuelva
mejor es cogerla en medio,
y echarla á dormir al Prado.

TODAS. ¡Viva, viva el pensamiento!

PETRA. Pues naide se niegue.

TODAS. ¡Viva!

Sale el ABOGADO con golilla, muy sério.

ABOGADO. Ahí detrás viene el casero
con don Trifón el ministro,
y una mozuela que han preso.

TODAS. Chis, chis.

(Todos los vecinos que la curiosidad de la camorra sacó á las puertas, al oir al ABOGADO, se encierran: los SASTRES, recogen; de suerte que se queda todo en el mayor silencio, y el ABOGADO solo y suspenso, y luego va á llamar á la puerta núm. 6, mirando á todas partes.)

ABOGADO. ¡Hola! ¿Qué le ha dado á esta
gente? ¡Me han dejado fresco!
¿Si me juzgarán alcalde?
Prueba que todos son buenos,
cuando temen la justicia
y huyen de ella por respeto.
¿Cuál de estos será el cuartito
del ama de mi chicuelo?
Me parece que es aquí,
el seis, si mal no me acuerdo.
¿Ama? ¿ama?

VALENCIANO. Aquí no hay más ama,
ni más amo que Noberto,
el comerciante de chufas
y yo, que soy esterero
de palma: si usted la quiere
barata y buena la tengo.

ABOGADO. ¿No vive aquí una pasiega,
que cría un chiquillo?

VALENCIANO. Eso

es allí; al dos. ¡Y el muchacho,
qué encanijado y qué feo
es!

ABOGADO. ¿Cómo, si es hijo mío?

VALENCIANO. No puede ser.

ABOGADO. ¡Majadero! *(Llamando.)*
¿Ama? ¿ama?

PASIEGA. Poco á poco *(Abre.)*
¡Oh, señor don Timoteo!
¿Me trae los siete ducados?

ABOGADO. ¿Y cómo está mi muñeco?

PASIEGA. Gordo está como una vaca
gallega.

ABOGADO. *(Entránse.)* Vamos á verle.

VALENCIANO. Ahora habrá allí otra camorra.
En todo caso cerremos. *(Cierra.)*

Sale el CASERO, majo petimetre, y el ALGUACIL trayendo á AQUILINA

CASERO. Entra y no temas, que yo
lo compondré.

AQUILINA. Si no quiero
servirla más.

CASERO. No lo sirvas;
pero dá cuenta á lo menos
de tú persona.

AQUILINA. ¡Yo cuenta!
Mis padres no sé quien fueron:
parientes no los conozco:
tutores los aborrezco:
amos, mandan demasiado:
me fastidian los cortejos,
y por no tener marido.
que me mande, tengo hecho
voto de castidad; vean
si tendré, fuera del cielo,
yo á quien dar cuenta de mí.

ALGUACIL. ¿Pues para qué estás sirviendo
aquí?

CASERO. Dice bien.

AQUILINA. ¡Hay tal
apretar! Porque no quiero
golver al Hespicio.

CASERO. Acaba
de decirlo y lo sabremos.

ALGUACIL. Pues volverás, si no quieres
sujetarte.

AQUILINA. ¡Ya lo huelo!

ALGUACIL. Vamos, agarra esa ropa,
y ven conmigo, veremos
si tu ama te perdona.

AQUILINA. ¡Ay qué chiste! yo no tengo
que me perdone, ni gana
de perdonarla dos pesos
que me debe de salario,
y algunas velas de sebo,
y otras cosas, porque siempre
dice que no tiene suelto;
ni lo tendrá, porque nunca
trueca, no sé que dinero
que la dejó el capitán
su esposo, no sé en qué reino...
Supongo que ella tampoco
lo sabe. ¡Ese es mucho cuento!

CASERO. ¡Qué lengua tienes!

AQUILINA. Pues cuando
digo la verdad, no miento.

CASERO. Don Trifón, vaya usted sólo
á ver si la componemos
con su ama mejor.

ALGUACIL. Cuidado...

CASERO. Usted suba, que yo quedo
de guardia aquí. ¡Señor Jorge!...

SASTRE. ¿Quién es quién llama?... Me alegro (*Adulando.*)
de ver á esa personita.
¿Y el tío?

CASERO. Tan gordo y bueno;
y me ha cedido esta casa
ya para mis alimentos;
con que aunque venzan los meses,
no hay por qué angustiar el pecho.

SASTRE. Bien se conoce que el tío
es hombre de fundamento.
¡Ya sabe lo que se hace!
Y ¿qué manda usted?

CASERO. Le ruego

que mientras yo subo á ver
á la Juanita un momento,
me guarde á esta.

AQUILINA. No soy
tan boba yo que me pierdo.

SASTRE. (*Con misterio.*) No suba usted.

CASERO. Y ¿por qué?

SASTRE. No suba usted.

CASERO. ¿Qué misterio
puede haber?

SASTRE. Porque ha salido.

CASERO. (*Vivo.*) ¿Cuándo? ¿Sola?

SASTRE. No me acuerdo.

CASERO. ¡Despéneme usted! Sepamos
con quién salió.

SASTRE. Mucho siento...

CASERO. ¿Qué?

SASTRE. (*Pausado.*) Soy yo sastre de mucho
modo, para ser correo
de malas nuevas... Ahí vino
un alférez, estupendo
mozo á la verdad, subió
para sacarla á paseo.
Se puso ella aquel jubón
que ya usted sabe y cosieron
estas manos; la basquiña
de moer con los dos flecos;
la cofia con aquel lazo
de varas de cintas ciento;
la rica mantilla de
labirinto, con el negro
pispunte en el fistonado...
¡Aseguro á usted, por cierto,
que iba que daba las todas
la muchacha!

CASERO. Desde luego
aseguro que es mentira
cuanto dices. Voy á verlo. (*Váse adentro.*)

AQUILINA. ¿Es buen mozo? (*Hablan los dos.*)

SASTRE. Mejor que ella
mil veces con quinto y tercio.

En las bohardillas salen el INVÁLIDO y la VIEJA

VIEJA. ¡Ay! Zape, zape. ¡Vecino! (*Llamando.*)
INVÁLIDO. ¿Qué quiere?
VIEJA. ¡Que va corriendo
ahí un gato con el pollo (*Se ve pasar un gato.*)
que usted tenía al sereno!
INVÁLIDO. ¿Un gato? ¿Y por dónde va
el malvado? Ya le veo;
¡y es el de usted! (*Se entra.*)
VIEJA. Miz, miz, miz...
Si me le trajera entero...
los pollos están muy ricos
con tomate en este tiempo.
INVÁLIDO. (*Sale con una escopeta.*)
Aguarda, ladrón... ¡Se fué!
VIEJA. ¿Cómo tiene atrevimiento
para sacar la escopeta
contra mí?
INVÁLIDO. Yo no me meto
con usté.
VIEJA. Pero se mete
con mi gato, que es lo mesmo.
INVÁLIDO. Yo sabré lo que he de hacer.
VIEJA. Y yo le diré al casero
que usté es quien tiene la culpa
de estar siempre el portal puerco.
INVÁLIDO. Miente.
VIEJA. ¿Pues quién ha perdido
la llave del basurero?
INVÁLIDO. ¡Vaya la viejona!
VIEJA. ¡Vaya
el soldado de pan tierno! (*Se retiran.*)
CASERO. (*Vuelve.*) Ha salido su merced;
tienes razón, con efecto.
SASTRE. ¡Cuando yo lo digo!...
CASERO. Jorge,
sáqueme usted un asiento,
y dejémosla venir.
SASTRE. ¿Qué piensa usted?
CASERO. Yo me entiendo.

Sale el MORENO sin capa, hebillas, charreteras, ni reloj.

MORENO. Chica, sal aquí al instante.
PETRA. ¿Qué embolismo traes de nuevo?

Dí, porque estoy de muy buen
humor, y llegas á tiempo.

MORENO. Oye uno de los mayores
prodigios que amor ha hecho.
Ya tienes música, Petra;
pide cuantos estrumentos
quieras, y si quieres pide
la de los tres coliseos,
y en todas cuantas capillas
hay de música en el pueblo.

PETRA. ¿Te has hallado algún tesoro
que tan rico vienes?

MORENO. Tengo
una onza de oro y dos duros;
que yo no me porto menos.

CASERO. Pero vienes mal portado,
hombre.

MORENO. Por usted me veo
en estos trabajos.

CASERO. ¿Cómo?

MORENO. La Petra tenía un genio,
en buena hora lo diga,
manso como los corderos
mochos por el mes de Mayo;
y ha tres que días es lo mesmo
que un toro de Mercadillo.

CASERO. ¿Y tengo yo culpa de eso?

SASTRE. Toda; porque como usted
dió á la Juana aquel festejo
la víspera de su santo
tan heróico, se le ha puesto
en la cabeza que estotro
haga otro tanto, sabiendo
que está el pobre...

MORENO. Ya estoy rico;
que un amigo verdadero
me ha prestado sobre la
capa, reloj y mi juego
de hebillas de plata, una onza
de oro y dos duros. Pero esto
sin más interés que darle
cada mes un diez por ciento.

SASTRE. ¡Qué buen amigo!

MORENO. Es un hombre
de mucho garbo.
CASERO. En efecto:
yo tengo la culpa, y yo
debo pagarla. Moreno,
ve á recoger tu capa,
y vuelve al punto.
MORENO. Primero
que vencido, ha de volver
el hombre que es hombre, muerto
á los ojos de su dama.
PETRA. Si te has de morir por eso,
haz cuenta que ya lo estás.
SASTRE. (*A la Petra.*) Si la que se está muriendo
por él es usté, ¿á qué viene
el disimulo?
CASERO. Dejemos
historias, que es tarde; vé
por tu ropa y vuelve presto,
que yo le daré á la Petra
música, baile, refresco
y cena...
MORENO. ¿Cómo?
CASERO. En tu nombre.
MORENO. Lo estimo, mas no lo acepto,
señor.
CASERO. ¿Y por qué?
MORENO. Porque
me escama el entrar, debiendo
yo á usted, que entre con deudas
Petra cuando nos casemos.
SASTRE. Dame un abrazo, que no
dijera más Gerineldos.
CASERO. Vé, que yo sé tu honradez,
y tú sabrás cómo pienso.
MORENO. ¿Qué me aconsejas?
PETRA. Que vayas.
MORENO. ¿Y el maestro Jorge?
SASTRE. Lo mesmo.
MORENO. Agur. Por fin, mal ó bien,
ya salimos de este empeño;
que dempués, si él piensa, á naide
le faltan sus pensamientos.

CASERO. Saquen ustedes ahí sillas,
y siéntense un rato al fresco
conmigo.

PETRA. Basta que usted
lo mande, señor casero.

SASTRE. Y sobra... ¿Qué no haré yo
por pagar lo que le debo?

CASERO. (*Mirando al corredor.*) Gervasio...

GERVASIO. ¿Qué manda usted?

CASERO. ¿Puedes bajar?

GERVASIO. Voy corriendo.

Salen los CIEGOS con violín y pandereta, de su cuarto.

CIEGO. Chica, tuerce bien la llave,
porque andan muchos rateros
en Madrid.

CIEGA. Segura queda.

SASTRE. ¿Dónde van ahora los ciegos?

CIEGO. A la plaza, á chupar unos
cuartos á los majaderos.

CASERO. ¿Y llevan para embobarlos
alguna cosa de nuevo?

CIEGO. Una satirilla propia
de esta noche.

CASERO. ¿Y no la oiremos
pagando?

CIEGA. (*Aparte al Ciego.*) (El casero es.)

CIEGO. (Aunque no oigo, ya lo veo).
Señor, y aunque sea de balde.
Críspula, templa el pandero.

GERVASIO. (*Habiendo bajado.*) ¿Qué manda usted?

CASERO. Dí que tome
la capa á tu compañero;
irá, mientras que tú... (*A los Ciegos.*) Empiecen
ustedes, que ya atendemos.

Interin cantan su juguete los CIEGOS, habla un rato el CASERO còn GERVASIO, que luego sube; hace tomar la capa al otro bordador, que baja, y después de hablarle al oído algunas palabras el mismo CASERO, se va deprisa. Los VALENCIANOS del número 6 salen á la puerta, la CRIADA del 3 á la suya, la COSTURERA al corredor y á las bohardillas sus vecinos, etc.

Cantan los CIEGOS según sus aires comunes, y se puede acompañar con poca orquesta, ó violín y pandereta solos.

A solo

De San Juan en las noches
y de San Pedro,
no hace mal á las damas
nunca el sereno.

A dúo

Ni á los galanes
que andan como unos tontos
por esas calles,
sudando con pretexto
de refrescarse.
Y allá en el río
alternan las puñadas
y los respingos
entre las manolilas
y manolillos.

A solo

Una vieja una noche
de las presentes,
se enamoró en la plaza
de un petimetre.

A dúo

Llegó y le dijo
por entre las varillas
del abanico:
«¿Dónde va usté á paseo,
caballerito?»
Y él, que era chusco,
haciéndola el reclamo
con disimulo,
la llevó hasta Vallecas...
y escurrió el bulto.

CASERO. (*Dando dinero á los ciegos.*)
Tomen ustedes, y Dios
les dé ventura.

CIEGOS. Hasta luego.
¿Quién manda rezar los chistes
de la noche de San Pedro? (*Vánse entonando.*)

ALGUACIL. (*Sale de arriba.*) Aquilina, ¿dónde estás?

SASTRE. Con mi mujer allá dentro.
Abundia...

Sale la SASTRA, sacando á AQUILINA agarrada de la mano

SASTRA. No te me escapes.

ALGUACIL. ¿Y la ropa?

AQUILINA. ¿Y los dos pesos
por una parte, y por otra
los gastos que tengo hechos
extraordinarios.

CAPITANA. (*Desde arriba.*) Ya bajo
á dártelos, que no quiero
deberte nada.

AQUILINA. (*Muy alegre.*) Ya no es
mi ama, con que ya puedo
responderla pico á pico,
mano á mano y cuerpo á cuerpo.

ALGUACIL. Tengamos la fiesta en paz;
y mira que es muy estrecho
el órden de San Fernando.

AQUILINA. ¡Bien remirado lo tengo,
como que estuve once meses!
Si llego á doce, profeso.

CAPITANA. (*Baja.*) ¡Picarona!...

SASTRE. Poco á poco
madama, venga el dinero
de la chica, y aquí está
toda su ropa y talego.

CAPITANA. Un sastre á una capitana...

SASTRE. No prosiga usted. Callemos.

CASERO. Si hay duda...

SASTRE. No queda duda.

CASERO. Que yo no he visto instrumento

donde conste á la verdad.

SASTRE. Yo sí...

PETRA. ¡Qué ajo se ha revuelto
aquí!

CAPITANA. Diga lo que sabe.

SASTRE. Si usted lo manda, direlo.

CAPITANA. Mi marido, que Dios haya,
¿no fué capitán?

SASTRE. Es cierto;
fué capitán de ladrones,
el más famoso del reino:
le atraparon en Asturias,
y le ahorcaron en Oviedo.

CAPITANA. Pues ¿quién tal ha dicho?

AQUILINA. Yo;
y bien sabe que no miento,
porque usted me lo ha contado
varias veces en secreto.

CAPITANA. Yo haré constar...

CASERO. ¿Para qué?
cuando todo está compuesto
con que se mude de casa,
en poniéndose de acuerdo
ama y criada.

SASTRE. Esta queda
por mi mujer de gobierno.

CASERO. ¡Gervasio!...

GERVASIO. Ya ve usted como
ando, no se pierde tiempo.

(Anda de cuarto en cuarto.)

Sale ARMENGOL con un MOZO que trae una banasta.

ARMENGOL. Aquí están ya los faroles.

PETRA. ¿Son los mismos que sirvieron
en la noche de San Juan?

ARMENGOL. Mucho.

CASERO. Pues irlos poniendo.

ARMENGOL. Aquí tendrá usté una cena,
á las diez, de fundamento;
y la gente que es del caso,
que ya se está disponiendo,

VIUDA. (*Observando á la puerta.*)
¡Vaya, que los bordadores
son muchachos de provecho!

Sale la PASIEGA detrás del ABOGADO, que saca un niño muy feo en brazos

PASIEGA. ¡Ay, hijo de mis entrañas!
ABOGADO. Agradece que no te echo
fuera el corazón á coces.
CASERO. Pues señor don Timoteo,
¿qué tenéis?
ABOGADO. Que la entregué
un niño como un camello,
para criar, y me vuelve
un gorrión en esqueleto
la bribona. ¡Vean ustedes!
¿Juraría el más experto
fisonomista, que yo
y mi hijo nos parecemos?
PASIEGA. Venga el muchacho.
ABOGADO. ¿El muchacho?
A mi casa me lo llevo
á ver si puedo criarle
yo, ó en la inclusa le meto
para que allí me lo críen;
que hijos de padres tan buenos
abogados como yo,
habrán pasado por ello. (*Váse.*)
PASIEGA. Vengan los siete ducados.
SASTRE. Coge en prendas al chicuelo.
PASIEGA. No valen tanto el rapaz
y su padre si los vendo. (*Váse.*)
MORENO. (*Sale.*) Ya estoy aquí. Muchas gracias.
CASERO. Petra, ya pareció aquello...
Siéntate á su lado.
MORENO. ¿Quieres?
PETRA. (*Con bufonada.*) ¡Si nos lo manda el casero!...
MORENO. Lo dices con una gracia,
que me encanta, y no me ofendo.
¡Bien hayan los padres que
tan salitrada te hicieron!

SASTRE. La Juanita viene.
CASERO. Chito.
JUANA. (*Sale.*) ¡Hola, hola! ¿Qué, tenemos
iluminación? Supongo
que la pagará...
CASERO. El Moreno.
JUANA. Y usté ¿qué hace aquí?
CASERO. (*Con bufonada.*) ¡Aguardarte!...
Doña Juana, ¿y cómo es esto
de venir casi de noche,
sin un soldado á lo menos?
JUANA. (*Alterada.*) Si estas chismosas han dicho..
TODAS. ¡Cómo chismosas!
CASERO. Callemos,
que hay casos en que hablar debe
uno solo, poco y bueno.
SASTRE. Suplico á todos que presten
atención, que habla el casero.
CASERO. Ya sabes, mi dona Juana,
que lo que empezó cortejo
casual, había torcido
por el camino derecho
de boda; que tu buen modo
pegará á cualquiera un perro.
Supe esta tarde que ayer
se fué tu tío á Toledo
á una diligencia. Vine
á ofrecerte mis obsequios,
regulares en ausencia
más que en presencia lo fueron.
Supe que habías salido
con un oficial; dudélo.
Subí á tu cuarto, pedí
á la moza un papelejo
para fumar: la inocente
me dió varios, y entre ellos
me dió dos en que contestan
dos, que serán caballeros:
el uno con tu palabra
de esposa, y con sentimientos
el otro de un buen amigo
de confianza. Contemos:
los dos, el alférez tres,

y yo cuatro. Tu talento
te habrá declarado ya
mi resolución. Moreno,
mis bordadores, muchachas,
yo había de gastar mil pesos,
que gracias á Dios me sobran,
como novio majadero
de esta niña, y he pensado
en darles mejor empleo.
Vosotros no estais casados,
vosotros no sois maestros
en vuestras artes ú oficios,
por la falta de dinero
para exámenes, materias
y demás fines honestos.
Pues hijos míos, mañana
os haré el repartimiento
conforme á las circunstancias,
con preferencia al Moreno,
que es el amo de la fiesta
y el origen á quien debo
un desengaño, que puede
ser á muchos de escarmiento.

TODOS. ¡Viva nuestro bienhechor!

SASTRE. ¡Viva! ¿Pero no sabremos
qué toca al sastre?

PETRA. Lo mismo
que á la viuda: un buen consejo:
que para no ser chismosos,
rezar y coser adentro.

CASERO. ¿Gervasio, te duermes?

GERVASIO. No,
señor; todo está dispuesto,
y solamente aguardamos
á que usté levante el dedo.

CASERO. Pues levantaré los diez,
si sólo consiste en eso.

GERVASIO. La música prevenida;
los nombrados á los puestos.

ALGUACIL. Señores, á divertirse.

SASTRE. Y concluirá el argumento
de la Petra y de la Juana,
con el *Prudente Casero,*

que castiga falsedades
y da á las finezas premio.

Después de concluir la contradanza, y cuando estén todos bien parados de cara al público, romperá toda la orquesta, con clarines, timbales, etc., acompañando el siguiente

CORO FINAL. Vivan los que protejen
las artes y el ingenio,
que sólo se adelantan
con los auxilios, el honor y el premio

FIN

IMP. PARTICULAR DE «LA ULTIMA MODA».—FEBRERO 1899